



SANTI LAÇANÀ
BIERRO
Y
SANGRE

Italia, año 960.
En una época brutal.
En tierra de nadie.
Una joven busca su venganza.

En un tiempo corrupto y violento, una mujer inquebrantable hará lo imposible por salvar a quien más quiere.

El siglo X llega a su fin, en el trono papal se sienta un adolescente caprichoso y libertino, el resto de Italia se desangra en luchas internas y los campos son una tierra de nadie donde se impone la ley del más fuerte.

Cuando la fama de la extraordinaria belleza de Anna, la hija de quince años de una pobre familia campesina, llega a oídos del joven papa Juan sobre su hogar se cierne la amenaza de un cruel señor que pretende venderla como esclava en la depravada corte romana.

Aunque logra escapar a su destino, Anna presencia cómo el resto de su familia es masacrada y su hermano Martello es capturado. En ese momento, la joven decide que hará lo que sea necesario para rescatarlo y, con una determinación indómita, parte en su busca en un mundo hostil y brutal.

En su camino encontrará a un caballero con un oscuro pasado y un aún más misterioso presente, a un anciano erudito de insospechados recursos y a un joven alegre y audaz. Una extraña compañía con la que Anna tratará de alcanzar los palacios más secretos de Roma dispuesta a encontrar a su hermano y ejercer su venganza.

Índice de contenido

Cubierta

Hierro y sangre

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

SEGUNDA PARTE

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

TERCERA PARTE

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

CUARTA PARTE

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

QUINTA PARTE

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

NOTA AL LECTOR

AGRADECIMIENTOS

Sobre el autor

A mis hijos.
Para que se den cuenta de lo mucho que le ha
costado a la humanidad el progreso: solo
sobreviviendo a las ruinas y al más abyecto
embrutecimiento ha podido sentar las bases del
renacimiento de las épocas siguientes.
Y para que comprendan que también una simple
novela de ficción, si está escrita con rigor
histórico, es cultura.

«Dominó al dragón, la serpiente antigua, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y puso encima los sellos, para que no seduzca más a las naciones hasta que se cumplan los mil años».

Apocalipsis 20, 2-3

PRIMERA PARTE

Capítulo I

1

Noviembre 960 A. D.

La mujer jadeaba en el fango, al borde del bosque, indiferente a la lluvia gélida y al viento cortante. Arañaba el suelo con desesperación, envuelta en una tosca capa de pelo, y de vez en cuando lanzaba gritos rabiosos que se perdían en la tormenta. Las manos le seguían sangrando bajo la lluvia torrencial, que al menos le limpiaba las heridas. Todo estaba oscuro; la única luz que la orientaba era una lumbre encendida a unos treinta pasos, apenas resguardada por un tejado de ramas y cañas entrelazadas, en un claro desolado entre dos o tres chozas de madera mezclada con barro y ladrillos. De una de ellas salía humo; en torno no había sino silencio, salvo por la lluvia y el constante ruido del viento, que por momentos resultaba ensordecedor.

Estaba tan absorta en su frenética actividad que no reparó en los cinco hombres que llegaron por el lado de la calzada aduanera, a un par de leguas de distancia. Solo uno de ellos montaba un caballo de dudosa calidad, los otros arrastraban con dificultad sus armas y armaduras en un cieno uniforme que los cubría casi hasta las pantorrillas.

El hombre a caballo fue el que rompió el silencio en la penumbra de la noche.

—¿Dónde estamos? —dijo y lanzó una tremenda blasfemia—. ¡Ya casi no se ve! ¿Estaremos en el sitio que buscamos?

Los ojos negros relampaguearon bajo un yelmo de hierro forjado. La barba era aún más negra.

La mujer paró de inmediato y se volvió asustada hacia aquella voz. Lo que vio la aterrorizó. Fijó la mirada en la choza de la que salía humo, pero se cuidó de avanzar. Por el contrario, siguiendo el instinto retrocedió un par de pasos con suma lentitud, buscando cobijo en el follaje. Los hombres no estaban lejos, pero con ese tiempo no corría peligro de que la vieran. Se agachó cuanto pudo, el cuerpo listo para salir corriendo ante la mínima señal. Detrás de ella, la espesa capa de bosque prometía ser su mejor aliada. La lluvia le limpió el rostro marcado por padecimientos recientes y sin duda duros y continuados, sacando a relucir unos rasgos jóvenes y muy agradables.

2

—Hemos llegado a algún sitio, valvasor, al menos hay chozas. Un refugio para pasar la noche.

El hombre que había hablado casi no tenía dientes, era flaco y andrajoso y no llevaba más armas que una hacheta oxidada que le colgaba de un costado y una pica con mango de madera.

—¡Veo con mis propios ojos lo que hay! —rugió el que mandaba al grupo.

—Si mis cálculos son correctos, debemos de haber llegado o estar muy cerca —intervino otro de los hombres armados, más alto pero también flaco y desastrado, con arco y aljaba sobre un chaleco de cuero reforzado y un cómico yelmo de piel con cuernos—. Dejamos la vía Consolare

después de mediodía, en el trivio de la vía Aurelia, y la dirección me pareció la correcta... Nos habían dicho que eran unas tres leguas...

—¡Seguro! ¡Si con este tiempo no se ve a dos pasos! — La voz que se sumó era la de un soldado rollizo, calvo y lampiño, armado con un espadón casi más alto que él. Una mueca sarcástica le deformaba el rostro.

—De todas formas, pasaremos aquí la noche —sentenció con voz estentórea el jefe, desmontando con poca seguridad y hundiendo en el barro las botas por el peso de la armadura—. ¡Echad una ojeada a las chozas, tiene que haber alguien en este sitio de mierda!

Un perro muy flaco surgió de la oscuridad y se les acercó gañendo sumiso. Bastó la patada cruel que le propinó sonriendo y sin pronunciar palabra el hombre que cerraba el grupo para que comprendiera que ahí no era bien recibido.

Con las armas en la mano y divididos en parejas empezaron el reconocimiento. Como era de prever, no encontraron nada ni a nadie en las chozas sin humo. Fueron entonces hacia la única en la que había señales de vida.

Cuando irrumpieron por la puerta de vigas de madera colocadas y clavadas de cualquier manera, el espectáculo que vieron no los impresionó demasiado. Era semejante a muchos otros que habían contemplado.

En la única habitación, de suelo de tierra apisonada con un hogar en el centro sobre el que pendía un puchero de cobre, cinco figuras se apretujaban en el rincón más apartado: un hombre, un chico y tres niños de distintas edades. En el ambiente había un desagradable olor a cuerpos sucios, especias y tierra húmeda.

El hombre al que habían llamado «valvasor» miró de un lado a otro con gesto severo: en el lado opuesto de la habitación había mugrientas yacijas de paja y, diseminados por todas partes, harapos, herramientas agrícolas, toscos platos. La conclusión a la que llegó se manifestó en una mueca

de asco: era excesivo incluso para alguien como él. Con premeditada lentitud envainó la pesada espada y por fin se dignó posar los ojos en el que debía de ser el cabeza de familia.

—Levántate, miserable, y acércate —tronó. Sus hombres habían entrado y se habían colocado detrás de él, evidentemente relajados ante la vista de ese grupo inofensivo.

El hombre obedeció temblando, desprendiéndose de los brazos de los más pequeños y dando unos pasos vacilantes hacia el hogar. A la luz titubeante se perfiló una figura atlética, sin duda forjada en el duro trabajo y aún no totalmente vencida por las privaciones de una vida inclemente. Aparentaba menos de cuarenta años. Una cabellera salpicada de canas y una barba rala enmarcaban un rostro que, pese a las apariencias, rebosaba miedo y humildad por todos los poros.

Ese contraste debió de chocar también al valvasor, porque se quedó evaluándolo en silencio largo rato, dudando sobre su juicio final.

—¿Dónde estamos? ¿Quiénes sois? —preguntó por fin con voz estentórea.

—Estamos en el territorio de Caere, mi señor. A dos leguas y media de la vía Aurelia y a la misma distancia de Caere Vetus —se apresuró a responder el hombre, esbozando una inclinación.

—¡Estamos bien! —sonrió satisfecho el hombre más alto, el del yelmo con cuernos.

El jefe asintió, sin dejar de mirar al otro.

—Sigue.

—Me llamo Rogelio. Esta es mi familia. —Señaló a las sombras que estaban detrás de él—. Vivimos de la agricultura y criamos algunas ovejas en un pedazo de tierra que nos ha concedido Su Excelencia el obispo. No tenemos nada que daros; somos muy pobres, señor.

—Ya se ve —comentó riendo el tipo gordo y calvo.

—¿No tienes mujer? —insistió el valvasor.

—Murió hace unos años. Aquí la vida es dura...

—¿Y ellos quiénes son?

—Mis hijos, señor.

—¿Qué edad tienen?

—El mayor, Martello, tiene catorce años. Los otros, diez, nueve y siete.

—Son muchas cuatro bocas que alimentar. —El comentario se le escapó al valvasor casi sin darse cuenta, era tan obvio. Por la expresión del rostro, de rasgos severos, con una profunda cicatriz en la mejilla derecha, se le notaba contrariado. Como si hubiese esperado otra respuesta—. ¿No vive nadie más en esta cloaca?

—No, señor. Ya no. Algunos han muerto, otros se han marchado. Los últimos, el pasado otoño.

—¿Y no os da miedo la gente mala? —dijo desde atrás el hombre desdentado, antes de que lo dejara paralizado una mirada de su jefe.

El campesino se encogió de hombros.

—No tenemos nada digno de ser robado. —Indicó con un gesto de los brazos el desolador panorama que lo rodeaba—. Y no le hacemos daño a nadie.

El valvasor asintió. Vio un taburete de tres pies, bajo pero de aspecto sólido, y se sentó en él.

—¿Eres un siervo o un aldeano?

—¡Soy un hombre libre, señor! Pago mis décimas con el trabajo en el manso del episcopado.

—¿Tienes comida para nosotros?

El hombre movió la cabeza con gesto triste antes de señalar la olla que estaba en el fuego.

—Esta noche solo tenemos raíces y algún tubérculo. Con este tiempo no hay forma de encontrar nada mejor.

El caballero frunció la nariz. No era tanto el olor indefinible que salía del fuego lo que lo contrariaba, sino más bien la idea de tener que conformarse con un par de galletas secas y un trago de sidra. Eso lo devolvió con nostalgia a la

noche previa, cuando en la casa de postas de In Turrís había podido tomar algo caliente y comestible.

Se giró hacia sus hombres con el tono de quien está acostumbrado a mandar.

—Quedaos en una choza, la que esté mejor, y encended una lumbre. Recoged leña seca para la noche. —Miró de nuevo al campesino—. ¿Y dónde has escondido las ovejas?

—Están en el redil, a media legua de aquí, en el lugar mandado por el obispo. No nos las podemos comer, y el queso nos lo requisan cada semana.

Asintió otra vez, mientras sus soldados abandonaban la choza, refunfuñando palabras incomprensibles. Se miró despacio las botas cubiertas de lodo ya casi seco, y, cuando posó de nuevo los ojos en el campesino, brillaban como carbones ardientes que anunciaban simple y llanamente crueldad.

—Como me mientas sobre algo, aunque sea una tontería, eres hombre muerto —dijo con premeditada lentitud, para que su interlocutor se enterase bien.

El otro quiso tranquilizarlo, pero se puso todavía más nervioso.

—¡Por supuesto, señor, por supuesto! ¡Eso nunca lo haría! ¡Nunca!

—¿En serio?

—¡Por supuesto!

Fuera el viento parecía haber cobrado más fuerza. Ráfagas cortantes como cuchillas atravesaban por varios lados las paredes junto con gotas de agua.

—Pues veamos. ¿Se te ocurre por qué, en una temporada como esta y con un tiempo así, he venido hasta tu pocilga?

El campesino estaba tenso, paralizado por el terror. El tono de voz del caballero era cada vez más amenazador. Se frotó las manos con fuerza para reprimir la ansiedad que lo devoraba.

—No, señor...

—¿Sabes quién soy?

—No, señor.

—Soy Filoberto Testa, valvasor de Alsiun —dijo con expresión gélida, pendiente de la reacción que esa información iba a suscitar en el campesino.

—Os conozco por vuestra fama, señor. Ha llegado hasta un lugar aislado como este.

Fuese o no sincera esa respuesta, el caballero prefirió pasarla por alto. Levantó ligeramente el yelmo y se rascó la nuca.

—Y bien, ¿dónde está la chica?

3

El campesino estaba paralizado por esos ojos cada vez más ardientes y no supo cómo escabullirse. Un destello de desesperación en su mirada hizo que el caballero esbozara un gesto triunfal.

—¿Qué chica? —masculló por fin.

—La chica por la que estoy aquí. Una hermosa joven de dieciséis años, por lo que he oído.

—Debéis de haberos equivocado de lugar, señor...

—No lo creo. He pagado mucho por la información y era precisa.

—¡Lo juro por Dios omnipotente! ¡Aquí no hay ninguna chica! —El hombre se irguió con toda su mole, quizá para que resultase más creíble su defensa.

—Si atravieso con mi espada a tus mocosos, a lo mejor cambias de opinión...

—¡Mi señor! ¡Sois demasiado importante y justo para mancharos con un crimen así! ¿Qué podemos representar para vos mi familia y yo?

—Nada —reconoció el valvasor—. Pero, por desgracia para ti, he de cumplir una misión concreta que no consiente fallos. —Se incorporó y se acercó al campesino: tenían casi la misma estatura. Desde cerca pudo ver bien su notable musculatura, pero también las capas de mugre que tenía por todas partes. Le dio un manotazo enguantado en el hombro—. Vivimos tiempos difíciles, Rogelio. Difíciles y crueles. Lo comprendes, ¿verdad?

El otro asintió mecánicamente, sin haber entendido en absoluto la última alusión, mientras la puerta se abría y se cerraba, dejando pasar una violenta ráfaga que a punto estuvo de apagar la lumbre del brasero. Dos soldados entraron.

—La choza está lista, valvasor —anunció una voz.

Filoberto Testa no hizo caso, movió ligeramente una mano y continuó apremiando al hombre cada vez más confundido y asustado que tenía delante.

—Imagínate que a tu hija, porque de tu hija se trata, la reclaman de muy arriba, incluso para el deleite de alguien que se halla más arriba de todos... ¿Podemos nosotros no acceder a esa petición? ¿Puedes tú burlarte de mí? —Colocó de nuevo las manos robustas en los hombros de su interlocutor con actitud cada vez más hostil.

—¡En serio, señor, debéis creerme! Habéis llegado por sorpresa y sin embargo habéis visto... ¡Aquí no hay ninguna chica...! ¡Por caridad!

A pesar de sus esfuerzos, su defensa no hacía más que perder credibilidad para el otro.

—¡Por desgracia, la caridad es una virtud que nuestro sumo pontífice no parece practicar! —masculló el caballero, aparentemente molesto por el cariz que estaba tomando la conversación—. ¡Tú deberías estar más bien encantado de complacer a nuestro Señor regalándole la inocencia de tu primogénita! ¡Un honor que no tienen todos!

«Pero no pocos», pensó enseguida, al menos conforme a los rumores y a los chismes de dominio público acerca de